

decir á mi Dios, que no me acosté en toda la noche.»

Estas terribles violencias no podían ser duraderas; la madre recordó que era madre, y llamó á su hija. San Francisco de Sales fué escogido por árbitro, y derramó sobre estas llagas el bálsamo de su dulzura, de su moderación y de su buen juicio, dejándolas conformes en que la señora de Dalet permanecería en el mundo consagrada á la educación de sus hijos, pero sin obligarla á casarse, y en absoluta libertad para consagrarse á las buenas obras que Dios le inspirase.

Desgraciadamente, después de la muerte de San Francisco de Sales se reprodujeron de nuevo estas disensiones, y la fundación del monasterio de Riom acabó de exasperarlas, tanto, que la santa Madre de Chantal tuvo que intervenir en ellas. Prudente y moderada, pero llena de firmeza y energía, hizo que madre é hija oyesen la razón; á la madre, persuadiéndola de que era un crimen querer poner otra vez bajo el yugo del matrimonio, y por razón de intereses y ambiciones á los hijos á quienes Dios llama al honor de servirle; enseñó á la hija que en las mejores cosas puede haber exceso, y que el mérito de su vida sería el de saber conciliar lo que debía á su madre, á sus hijos y á su vocación. La Sra. de Dalet comprendió bien estas verdades, y se quedó diez años más en el mundo, enteramente ocupada en el cuidado de sus hijos, á quienes crió y estableció según su clase, pero siempre llena de afecto á la Visitación, y practicando en el mundo una vida enteramente religiosa. Debajo de los vestidos propios de su clase llevaba un cilicio, y no se servía ni de coches ni de litera, sino una ó dos veces al año, cuando le era indispensable. En fin, después de quince años de deseos, al siguiente día de las bodas de su última hija, tuvo la felicidad de tomar el hábito, y por consejo de la santa Madre de Chantal, excepción rarísima de la cual no hay otro ejemplo, fué elegida Superiora en el

monasterio de Montferrand á los dos días después de su profesión (1).

Concluido este negocio, al que daba grande importancia, salió la Madre de Chantal para Chambery, en donde iba á realizarse por fin una fundación, preparada mucho tiempo antes, en vida de San Francisco de Sales, y retardada por acontecimientos diversos. La misma Santa refiere los principios, que no podían menos de ser buenos y felices en una ciudad tan próxima á la de Annecy, y en donde resonaban aún los sermones del Santo Obispo de Ginebra, la brillante conversión de la Madre Favre y la vocación de la Madre de Beaumont.

«Salimos de Annecy—dice la Santa—el 14 de Enero de 1624, con nuestras Hermanas María Adriana Fichet, Claudia María Thiolier, María Gaspara Davise, Gaspara Angélica Brunier, Claudia Inés Dalos, Claudia Cecilia de Chatel y Juana Estefana Guyot, acompañadas del Sr. Miguel Favre, nuestro confesor, y de otros eclesiásticos y seglares de la ciudad de Annecy, y llegamos á esta ciudad el 15 de dicho mes, contribuyendo á ello la bondad de S. A. el Príncipe Tomás, que envió á buscarnos con una de sus carrozas. Este gran Príncipe, incomparable en virtud y piedad, favoreció completamente nuestro establecimiento; nos ayudó con grandes limosnas, y sobre todo esto, nos regaló un hermoso frontal y casulla de damasco carmesí, con grandes borlas de oro. Este buen Príncipe nos quiso hacer el honor de recibirnos en procesión con toda la ciudad, asistiendo él mismo en persona, para llevarnos á nuestra casa; pero dijimos que nos alegraríamos mucho de entrar con más sencillez y menos aparato, y nos lo concedió al instante. Encontramos nuestra casa tan rodeada de gente del pueblo, que, á pesar de la guardia del Prín-

(1) *Vida de las viudas.* Ana Teresa de Prechonet (en el mundo Condesa de Dalet), religiosa y fundadora de la Visitación de Montferrand.



cipe, tuvimos mucha dificultad para penetrar en la iglesia, en donde ya estaba expuesto el Santísimo Sacramento con muchas hachas y velas encendidas (1). El buenísimo y piadoso Sr. Moris, cura de Lemenc, vino á darnos el agua bendita, y nos incensó. Al instante la música de la santa capilla que estaba allí, cantó el *Tedéum* y un motete de júbilo y alabanzas á Dios. El Sr. Deán Favre, dió la bendición con el Santísimo Sacramento, y después el mismo Sr. Deán nos llevó á nuestro coro, con algunos niños que iban delante de nosotras con velas encendidas en las manos. Cantamos el *Laudate Dominum*, y se retiraron todos, porque la casa estaba bendecida ya. El Santísimo Sacramento estuvo expuesto hasta el tercer día, que era el de San Antonio, en el cual se permitió todavía la entrada á las señoras, deseándolo así Su Alteza; y por la tarde, después de Completas y de la Letanía cantada, el señor Provisor Favre, Deán, dió la bendición con el Santísimo Sacramento al inmenso pueblo que llenaba la casa por todas partes. La música cantó en seguida los himnos y cánticos de alabanzas á Dios, al cual sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén (2).»

Tal es, en algún modo, el proceso verbal de la instalación de las Hermanas de la Visitación en Chambery, escrito todo él de mano de la Madre de Chantal; y á pesar de las reticencias de su humildad, se vislumbra el carácter triunfal, digámoslo así, con que se empezó esta fundación. El Príncipe le envía sus carruajes, y quiere ir á recibirla procesionalmente; el pueblo es

(1) El Príncipe Tomás, viendo que no podía alcanzar de la Madre de Chantal que le dejase recibirla con los grandes honores que deseaba, hizo se expusiese el Santísimo Sacramento antes de su llegada. «Mirad — decía — la buena Madre de Chantal se alegrará más con ver á Nuestro Señor que la espera, que con todo cuanto pudiéramos hacer en su obsequio.» (*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 192.)

(2) Esta relación inédita está sacada de la *Historia manuscrita de la Fundación de Chambery*, pág. 208.

tan numeroso y se agolpa de tal modo que, á pesar de los soldados y de la guardia, apenas se podía llegar al altar; las señoras, que no tienen bastante con tres días enteros para visitar la casa y satisfacer su piadosa ansia de ver á la Santa; los mismos eclesiásticos, que llenan el santuario y van á recibirla con incienso y agua bendita. Entre estos eclesiásticos estaba sin duda el Sr. Mauricio Maupeau, santo y humilde sacerdote, cuya virtud admiraba San Francisco de Sales, el cual, sabiendo la llegada de las Hermanas á Chambery, dejó un curato muy bueno por tener el consuelo de ser su confesor. Las sirvió toda su vida sin querer aceptar pensión ninguna, «tanto más—decía humildemente,—cuanto que yo soy un perrito en la casa de Nuestro Señor, y el perrito no toma en casa de su amo sino el alimento, y nada hay más fiel que este animalito; además, puesto que tengo, por otra parte, con qué atender á mi pobre subsistencia, nada más necesito (1).»

Mientras que en Chambery nacía tan felizmente un monasterio por los cuidados de la venerable Madre de Chantal, la Madre de Blonay, Superiora de Lyon, enviaba una colonia á fundar otro en Aviñón con no menor felicidad, pero con circunstancias diferentes. Había en Aviñón una viuda de extraordinaria santidad, llamada la señora de Capelis. Casada á los doce años, madre á los dieciséis y viuda á los diecisiete, se había entregado á Dios con un ardor que hacía recordar y aun rayaba más alto que todo cuanto se lee de más grande y más austero en las vidas de los Santos. Viéndola su confesor joven, hermosa y llena de tentaciones, dió rienda á su fervor, permitiéndole grandes austeridades. Tomaba tres veces al día la disciplina con tal efusión de sangre, que necesitaba un gran jarro de agua para lavar las paredes del cuarto en que había

(1) *Historia manuscrita de la Fundación de Chambery*, pág. 210.



hecho este ejercicio, para que no lo conociesen los criados. Llevaba muy á menudo el cilicio y un cinturón de hierro. Ayunó por espacio de treinta años consecutivos, sin comer más que un pan al día. Tenía en su alcoba una cama con ricas colgaduras, conforme á su clase, y se acostaba en ella todo el tiempo que tardaban sus criadas y gente de la casa en recogerse; después se levantaba callandito, ponía una alfombra en el suelo, y se echaba encima, vestida del todo, hasta que daba la primer campanada de Maitines en el convento de los Reverendos Padres Agustinos, á cuyo Oficio no faltaba nunca. Hacía seis horas de oración al día, y empleaba el resto del tiempo en dar de comer á los pobres que se agolpaban á su puerta. Murió á los sesenta y tres años en olor de santidad (1). El venerable César de Bus, fundador de los Padres de la Doctrina Cristiana, su confesor, declaraba no haber conocido nunca alma más santa.

A esta venerable viuda se había reunido un cierto número de jóvenes, que vivían bajo su dirección y ejemplos sin reglas ningunas, pero con la idea de formar una Congregación. La muerte de la fundadora trastornó un poco á esta pequeña familia. Algunas se disgustaron y volvieron al mundo; otras entraron en comunidades claustradas; quedaron nueve ó diez, que eligieron por Superiora á una de ellas, llamada Blanca Morarde, y resolvieron continuar viviendo en común bajo la regla de Santa Ursula, que adoptaron. No les faltaba ni fervor ni generosidad, y sin embargo, la empresa decaía. Los que las dirigían no se entendían entre sí. Ya no sabían qué hacerse, cuando oyeron hablar de la Visitación naciente, de la dulzura de sus reglas, la perfec-

(1) El 31 de Agosto de 1612. Véase la *Fundación inédita de Aviñón*, pág. 191. Véase también la *Vida de la señora de Capelis*, entre las *Vidas de las primeras Madres de la Visitación de Aviñón*, un volumen en 12.º Aviñón, 1684.

ción de su espíritu, y la facilidad con que podrían entrar en la nueva Orden, llamando á algunas de sus religiosas para que viniesen á fundar un convento en Aviñón. Este proyecto agradó á todas, y se escribió con este objeto á la Madre de Blonay. Esta, que gobernaba el monasterio de Lyon, donde desde la muerte de San Francisco de Sales afluían las novicias, se alegró mucho de poder disminuir con esta fundación el número demasiado grande de sus religiosas, extendiendo al mismo tiempo su Instituto, y envió al instante una Hermana de gran santidad, la Madre María Clara de la Balme, acompañada de cinco profesas. Blanca Morarde la recibió de rodillas á la puerta de la casa, entregándola las llaves y el gobierno con una humildad que nunca se desmintió, y desde este día fueron Blanca y sus nueve compañeras consideradas como novicias.

No obstante, faltaba todavía mucho para que todo estuviese arreglado. Inmensas dificultades tenían aún que vencerse, porque en aquella época se necesitaban mil formalidades para erigir un monasterio. No se puede dudar que la Madre de la Balme, que reunía á un talento distinguido un tacto exquisito, hubiera vencido poco á poco todos los obstáculos. Pero Dios quería que triunfase de otro modo. Cuando las dificultades eran más fuertes, cayó repentinamente enferma, y murió en pocos días. Entonces se vió una cosa notable. Esta religiosa en clausura, que había entrado en la ciudad oculta bajo su velo, que se había encerrado dentro de las rejas de su convento, y que tan poca gente conocía, fué visitada en su féretro por un pueblo inmenso, que la proclamaba santa, y hacía tocar rosarios y cruces á sus restos venerandos. Más de diez mil personas vinieron á tocar su hábito y besar sus pies. Fué menester dejarla expuesta dos días y dos noches en la capilla de los Padres de la Doctrina Cristiana, para satisfacer el piadoso afán de los fieles. Durante este tiempo se man-



tuvo fresca, las mejillas y los labios encarnados, el rostro angélico, el cuerpo flexible, y exhalando tan suave fragancia, que la gente que entraba en la capilla no quería salir de ella. Doce días después, las religiosas quisieron volver á ver á esta Madre tan amada; abrieron otra vez su ataúd, y la encontraron tan hermosa, tan encarnada y con tan buen olor como el primer día, lo que las animó mucho á la virtud. Ante una tumba semejante, no había obstáculo posible. Las autorizaciones, por largo tiempo y tan en vano pedidas por la Madre de la Balme, fueron al fin concedidas, y el monasterio inaugurado solemnemente el 8 de Marzo de 1625, en presencia del Ilmo. Sr. Cosme de Bardy, Vicelegado, rodeado de su corte y de todos los magistrados de la ciudad (1). Pero por grande que fuese el entusiasmo en Aviñón, no igualó al que encontraron en Aix, en Provenza, las Hermanas de la Visitación cinco meses después (20 de Agosto de 1621.) «Cuando el Sr. Presidente del Parlamento y su virtuosísima esposa—dicen las antiguas *Memorias*—supieron que la Madre de Chantal consentía en enviarles Hermanas, conforme lo habían pedido, y que tendrían por Superiora la buena Madre de Chatel, hubo en su casa y en toda su familia una alegría inexplicable. Se abrazaban unos á otros, y se decían: «Tendremos Hijas del bienaventurado Francisco de Sales; veremos á estas grandes siervas de Dios.» El día en que llegaron las Hermanas que venían de Grenoble, las señoras de la nobleza fueron en coche á recibirlas, y las acompañaron algunas leguas. El Sr. Deán y su Vicario, los señores del Cabildo, los magistrados de la ciudad, acompañados de una hermosa música, vinieron á recibirlas procesionalmente. La Madre de Chatel presentó sus patentes de obediencia, y después de haber recibido la bendi-

(1) *Fundación inédita del monasterio de Aviñón*, pág. 107.

ción, llevaron á las Hermanas á su casita. Las aclamaciones populares eran tan grandes que no se oía la música. Las Hermanas no pudieron absolutamente cantar el *Laudate Dominum*, según su costumbre, rodeadas como estaban del pueblo, y entre la confusión del ruido de la música y las aclamaciones aún más ruidosas que los gritos de regocijo (1).» Al otro día se dijo solemnemente la Misa, se expuso al Santísimo Sacramento, y en tres días no se estableció la clausura para que el pueblo tuviese libertad de ver la casa y las religiosas. Y á pesar de esto, fué tal el concurso del pueblo en estos tres días, «que era imposible acercarse á la puerta para llevar víveres á las Hermanas; de suerte que la buena Presidenta, que las había llamado á Aix, y que las mantuvo á sus expensas los tres días expresados, tuvo que inventar modo para que pudiesen recibir la comida, subiéndola por fuera de la casa á los tejados (2).»

Pero por más consuelo que diesen á la Santa estas dos hermosas fundaciones de Aviñón y de Aix, otra que preparaba silenciosamente era aún más deseada de su corazón, la de Autun. Autun era su segunda patria, había vivido en esta ciudad ocho años, había amado en ella á los pobres más que en ninguna otra parte, y allí había sufrido mucho. Su hija vivía allí, sus más queridas amigas, las señoras de Rousillon, de Safres, de Chastelluz, á quienes había dejado en el mundo, allí se habían santificado. Allí había conocido á sacerdotes de extraordinaria virtud. ¡Cuántas y qué fuertes eran estas razones para amar á aquella ciudad y enviarle una colmena de Hijas suyas! Hacía largo tiempo que pensaba en ello, y la fundación se hubiera realizado ya, si—como decía la santa Fundadora—no hubiera que-

(1) *Fundación inédita del monasterio de Aix*, pág. 216.

(2) *Idem id.*, *id. id.*



rido elegir por su propia mano una piedra preciosa para ponerla en la fundación. Esta piedra preciosa no era otra sino la joven Elena de Chastelluz, que había descubierto en este mismo país, y que llena de virtudes desde su juventud, unía ya á todas sus excelentes cualidades la de la experiencia, habiendo principiado con el gobierno del monasterio de Moulins la serie de obras grandes que tan justamente han hecho ilustre su memoria después de haber santificado su vida. Con mucho trabajo pudo lograr la Madre de Chantal el sacarla de Moulins, pero al fin lo consiguió, y el monasterio de Autun se fundó «dulce y amorosamente en medio de aquel buen pueblo, que no había olvidado á la Madre de Chantal y la llamaba siempre su buena señora.»

En cuanto la Santa recibió la noticia de haberse efectuado la fundación, se apresuró á escribir á la Madre de Chastelluz: «En fin, ya estáis en Autun. ¡Oh Dios mío, mi muy querida Hija, con cuánto amor os suplico plantéis en ese jardincito la santísima y dulcísima caridad con la humilde sencillez, á fin de que estas santas virtudes rieguen con sus aguas sagradas todas las plantas que en él se críen para que todos los que á él se acerquen vuelvan perfumados con el olor de nuestras virtudes. Yo estoy segura que el buenísimo señor Guyón será un verdadero padre de esa pequeña colmena, y le saludo respetuosamente (1).»

El Sr. de Guyón, de quien se habla aquí, y cuya virtud tenía en cuenta la Madre de Chantal cuando enviaba sus Hijas á la ciudad de Autun, era uno de los sacerdotes más santos que tenía la Francia en el siglo XVII. Murió en olor de santidad en 1631, siendo Vicario general de Autun y Superior de la Visitación; pero hacia ya muchos años era célebre por los admirables ejemplos

---

(1) Sacado de los archivos de la Visitación de Annecy. Carta del 24 de Noviembre de 1624.

de su vida austera y penitente, por la inocencia y pureza de costumbres, y sobre todo, por las luces sobrenaturales y proféticas que sacaba de sus elevadas comunicaciones con Dios.

Este mismo Sr. Gullón es el que, haciendo la visita al monasterio, era seguido de un gran gentío que pedía su bendición y le traía enfermos para que, tocándolos, los sanase. «Viendo, pues—dicen las antiguas *Memorias*,—que el pueblo le seguía tan de cerca y en tan gran número en la iglesia de las religiosas, que los sacerdotes no podían llegar desde la sacristía al altar, salió él mismo de la sacristía, y llorando reprendió al pueblo fuertemente, diciéndole que él era un grande pecador, que se engañaban creyendo hacia milagros, lo cual no debe atribuirse sino á aquellos que con la dignidad juntan las virtudes apostólicas; que se retirasen, y creyesen era un juicio temible de Dios al ver á todo un pueblo correr tras de un pecador pidiéndole milagros, que sólo deben esperarse de la intercesión de los Santos; que por lo tanto, y para no participar de su pecado, no quería verlos, tocarlos, ni bendecirlos. Esta corrección no bastó para que el pueblo se retirase, diciendo que todos oírían su Misa, y que en ella no podía negarles su bendición (1).

Mientras que la Orden de la Visitación se extendía así por el Mediodía y en el centro de la Francia, la venerable Madre de Chantal la propagaba también en la Saboya y la Lorena, después de haber tenido en su compañía durante un año en Annecy á dos jóvenes y una viuda que tenían el proyecto de fundar un monasterio en Evian, viéndolas ya formadas en la vida religiosa, les dió el hábito, y marchó con ellas acompañada de la Madre de Lucinge, que destinaba para Superiora. Habiendo llegado á Evian el día 6 de Agosto

---

(1) *Fundación inédita de Autun*, pág. 77.



de 1625, hizo la fundación con la solemnidad acostumbrada y el esplendor que principiaba á seguirla en todos sus pasos. Los procesos de canonización nos dan á conocer un hecho milagroso que sucedió en esta ocasión. Al volver de Evian—dice la Madre Favre de Charmette—pasando la sierva de Dios por la Roche, se alojó en casa de un hombre llamado Chatrier, que tenía once hijas y un hijo, y que por el aprecio que hacía de la virtud y del mérito de la Santa, le rogó bendijese á su familia, manifestando el deseo de que alguna de sus hijas llegase un día á ser recibida en su Instituto. Entonces la sierva de Dios, después de haberlas mirado á todas, respondió «que á la verdad no había ninguna para la Visitación, pero que San Bernardo se llevaría tres, y que después habría en la Visitación hijas de su hijo, que aún era muy joven.» Todo esto se verificó, porque tres de sus hijas han sido Bernardas, y hoy existen—añade la Madre de Charmette (7 de Mayo de 1722)—en este primer monasterio de la Visitación dos nietas del expresado Chatrier (1).

Apenas volvió de Evian, marchó la Madre de Chantal á Rumilly, en donde una de sus mejores amigas, la señora de la Flechere, había preparado una fundación. Llevó consigo algunas Hermanas, y les dió por Superiora á la Madre María Adriana Fichet; y como ésta era viva y vehemente, le dió al despedirse estos admirables consejos: «Creed, Hija mía, que Dios me inspira un particularísimo afecto á nuestro pequeño Rumilly, que me parece es uno de los dormitorios de Annecy: tan cerca estamos. ¡Oh, Hija mía, cuánto deseo que el espíritu de nuestro bienaventurado Padre, ese espíritu tan dulce, tan suave y tan amoroso, reine siempre aquí! Tened mucho celo para esto, Hija mía, os lo suplico. Conozco más cada día que no se adelanta con las almas ni se

(1) *Proceso de canonización, Declaración de la Madre de Charmette.*

las hace caminar sino á fuerza de suavidad, dulzura y tolerancia. Trabajad con suavidad y cuidado, pero amistosamente, con nuestras Hermanas. Guiad despacito á estas jovencitas almas que son tan buenas; no las apremiéis, y mantened á todo vuestro querido rebaño en una santa alegría, paz y dulzura. Decidles que las amo mucho, como también á toda mi querida casita de Rumilly.»

Concluída esta fundación, y libre por consecuencia de toda inquietud la Madre de Chantal, puesto que había accedido á las más urgentes pretensiones, dispuso un viaje más largo y más importante también: el de Lorena. La señora de Haraucourt, mujer de gran virtud, quería ser fundadora de un monasterio en Pont-à-Mousson, y los Príncipes de Lorena habían escrito muchas veces á la Santa fuese en persona á poner los cimientos, teniéndose por dichosos—decían—en poseer algún tiempo en sus estados á esta gran sierva de Dios.

Salió, pues, la Madre de Chantal de Annecy el día 27 de Abril de 1626, acompañada de la Hermana Paula Jerónima Favrot, á la cual destinaba para Superiora de cuatro religiosas profesas y de una novicia. Un acto de grande obediencia edificó mucho á las Hermanas en el momento de salir. La Hermana Favrot cayó mala algunos días antes, y se escogió para reemplazarla á la Hermana Bernarda Margarita. Esta última estaba ya á caballo á la puerta del convento pronta á marchar con las otras Hermanas, cuando la enferma, que se había levantado, se acercó á la litera en que iba la Santa para despedirse de ella, y habiéndola ésta preguntado que cómo estaba, y respondiendo la Hermana Favrot que bastante bien, «pues entonces—dijo la Madre de Chantal,—subid aquí conmigo, y que la Hermana Bernarda Margarita baje del caballo y vuelva á entrar en el monasterio.» Al instante subió la una á la litera y la otra dejó su caballo, tan tranquila, dulce y pacíficamente